

En ocasiones me pregunto sobre la labor de un investigador, quien o que define el devenir científico, si es la inexistente política nacional, si es la administración de nuestras instituciones o si somos víctimas de la moda. Y en todo caso ¿alguna de estas posturas es incorrecta? Debemos decidir seguir una u otra, o simplemente consideramos que en la ciencia como en la naturaleza la diversidad es riqueza y que una selección no natural pero si de capacidad de obtener “grants” permitirá la supervivencia de los más aptos. Pero entonces la pregunta inicial vuelve a aparecer, ¿quien decide que investigación debe apoyarse? Somos un país con alrededor del 40% de la población sumida en la pobreza, debemos entonces crear conocimiento de frontera que en 20 años alguien aprovechara o debemos quitarle el hambre a una persona. Y al final, no podemos al hacer una, generar la otra?

La Real Academia de la Lengua Española nos dice que la ciencia es el conjunto de conocimientos obtenidos mediante la observación y el razonamiento, sistemáticamente estructurados y de los que se deducen principios y leyes generales. Pero la ciencia es más que acumulación sistemática, la ciencia es o debería ser una parte esencial de la cultura de los pueblos en lo particular y del mundo en general.

Tenemos muchos ejemplos cuya trascendencia no puede ser cuestionada. Uno de ellos es el calentamiento global, cuyo impacto mundial se agrava en el ámbito local. Se ha dicho en todos los medios que durante este siglo las temperaturas pueden elevarse hasta 4 grados centígrados y para entonces el hielo ártico habrá desaparecido. Se piensa que el calor extremo y las altas precipitaciones serán más constantes, lo que producirá huracanes más intensos. En México y en otros países esto redundará en sequías y/o inundaciones que impactarán directamente a la agricultura y a la biodiversidad. Tradicionalmente se pensaría que el quehacer científico es el encontrar soluciones, y habría que pedir todos los apoyos monetarios necesarios para encontrar las soluciones a un problema tan actual y aún motivo de discursos políticos. Un punto de vista más integral nos hablaría además, de la necesidad de educar y compartir con el resto de la población que no trabaja en ciencia, con políticos y autoridades administrativas la responsabilidad del mundo en el que vivimos.

Otro ejemplo con alto impacto en la sociedad es nuestro trabajo en enfermedades infecciosas, muchas comunes como la disentería, otras tan graves como el SIDA. La aproximación de los investigadores ha sido el desarrollo de vacunas o medicamentos, en lo que se han invertido y se deberán seguir invirtiendo millones de dólares, entonces la pregunta es nuevamente ¿Qué pasaría si

a la par de la investigación le apostamos a la educación? ¿Que pasa si divulgamos la información para prevenir esta y muchas otras enfermedades del tercer mundo?

Aislar la ciencia de la sociedad es limitarla, no solo en sus objetivos sino también en sus impactos. Nuestra obligación es hacer una ciencia viva, crítica y útil a la sociedad origen de los apoyos que equipan nuestros laboratorios.

Parfraseando al Dr. Ruy Pérez Tamayo nuestra “ciencia no es pobre porque vivamos en un país subdesarrollado, sino que somos un país subdesarrollado por que nuestra ciencia siempre ha sido y sigue siendo pobre”, con esto no pretendo eliminar ninguna responsabilidad gubernamental por el escaso apoyo a la ciencia y la educación, solo quiero abogar por una reflexión hacia nuestra responsabilidad como parte de la sociedad y tal vez una invitación a la sociedad para que reflexione sobre el valor de la ciencia.

Dra. Romina Rodríguez Sanoja

Departamento de Biología Molecular y Biotecnología del Instituto de Investigaciones Biomédicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.